

de haberla leído; el lector no se hallase penetrado y persuadido de la verdad de la Religión cristiana, con tal que llegue á convencerse de la necesidad de hacer un estudio serio de ella, mi fin se habria conseguido. En una palabra, mi objeto es, en ese abandono absoluto é indiferencia que en el siglo se ve, despertar en el ánimo de los extraviados una duda saludable de su error, y hacerles conocer que ese menosprecio ciego que hacen de lo que mas les puede interesar, y que la razon y el sentido comun desaprueban, es una prenda tan mezquina de seguridad, como débil título de superioridad de talento: mostrar, en fin, que á no renunciar á la racionalidad, deben comparar con todo el esmero de que el hombre es capaz, los débiles fundamentos de la incredulidad, y los ineluctables de la fe. Entremos en materia.

CAPÍTULO VIII.

Observaciones sobre la locura de los indiferentistas por descuido é indolencia.

Exposicion de los únicos principios en que se puede fundar la indiferencia, que se dice nacida de reflexion.

Con placer lo decimos, ascendiendo de edad en edad por la serie de los siglos hasta el principio del género humano, siempre, donde quiera, y en todos los pueblos se encuentra establecida la fe y creencia de un Dios, y de una vida futura. Sobre esta fe, única sancion de todas las obligaciones, y garantía única del orden y las leyes, descansa y se apoya la sociedad, la cual inevitablemente se conmueve, agita, destruye, se desploma luego que se piensa en trastornarla. Sin embargo, tarde ó temprano llega una época en que el lujo deprava las costumbres, y la filosofía corrompe la razon. A los Griegos llegó esta

época fatal en tiempo de Pericles; á los Romanos, un poco antes del siglo de Augusto. Vióse entonces aparecer una nube de sofistas, que esforzándose á hacer servir la ciencia á las pasiones, sustituyeron descaradamente los desvarios de su espíritu extraviado á las tradiciones primordiales. A fuerza de sutilezas, y vanos discursos, confundieron todas las ideas, oscurecieron todas las nociones, enervaron todas las creencias religiosas, la fe de todo lo que se cree en la Religión. El mundo ya no podia mas, cuando la antigua fe, desenvolviéndose de improviso á la voz de Dios en el pueblo encargado especialmente de conservar su deposito, reasumió con magnificencia la posesion del universo. Promúlganse nuevos dogmas; pero derivándose éstos de los primeros, pertenecian cuando menos implícitamente á la fe primitiva. Cúmplense profundos misterios; pero éstos misterios anunciados al primer hombre, revelados con mayor claridad á sus descendientes, se esperaban y presentian por todo el género humano. Así en la historia, como en los dogmas de la Religión, todo está enlazado, todo encadenado. Las naciones comienzan y acaban, pasan y desaparecen con sus costumbres, sus leyes, opiniones, ciencias; solo una doctrina permanece, siempre creida á pesar del interés que las pasiones tienen en no creerla; siempre inmutable en medio de ese rápido y perpetuo movimiento; siempre combatida y siempre justificada; siempre á cubierto y exenta de las variaciones que introduce el tiempo devorador en las instituciones mas sólidas, y en los sistemas mas acreditados; siempre y cada dia mas grandiosa y mas admirable; y cada vez mas admirada á proporcion que mas se la examina; que forma el consuelo del pobre y la mas dulce esperanza de los ricos; la égida y amparo de los pueblos y freno de los reyes; la regla del poder que modera, y de la obediencia que santifica: la gran Carta¹ de la humanidad, en

¹ Hace alusion á la que sirve de base al gobierno de su país. Tal ha sido el trastorno del mundo, que ha habido que inventar nuevo lenguaje. Un periódico de Paris de 21 de noviembre último (*Le Globe*, que los constitucionales no recusarán), la llama «la traducción legal de la Revolucion francesa.» Nosotros no calificamos.

la que la justicia eterna, no queriendo que ni aun el mismo crimen quede sin esperanza y sin proteccion, ofrece y empeña la misericordia en favor del arrepentimiento: doctrina tan humilde como elevada, tan sencilla como sublime y magnífica; doctrina que subyuga los mas poderosos genios por su sublimidad, y se proporcióna por su claridad á los espíritus mas débiles, y de menos talentos; doctrina en fin indestructible, que á todo resiste, de todo triunfa, así de la violencia como del desprecio, lo mismo de los sofismas que de los cadalsos, y que fortalecida con su antigüedad, con sus pruebas ineluctables, y con sus beneficios, parece reinar sobre el espíritu humano por derecho de nacimiento, de conquista, de amor.

Esta es pues la Religion que ciertos hombres han elegido por objeto de su indiferencia. Lo que, despues del mas atento y delicado exámen, creyeron los Bossuet, Pascal, Fenelon, Descartés, Newton, Leibnitz, Eulero, y fué el objeto continuo de sus meditaciones, no se juzga digno de ocupar, ni aun por un instante, el pensamiento. Despreciando el Cristianismo sin conocerle, se imaginan sobreponerse y elevarse sobre lo mas grande que se ha visto en la tierra así en talentos como en virtudes, en el espacio de diez y ocho siglos; y ridículamente pagados de un desdenoso descuido por la verdad, cualquiera que ella sea, se llenan de orgullo, guardando la neutralidad de la ignorancia entre la doctrina que formó á un Vicente de Paul, y la que ha producido un Marat¹.

5 Juan Pablo Marat nació de padres calvinistas en el país de Neufchatel el 1744: aplicado á la medicina en sus primeros años, ganó en un principio la vida en París haciendo de empirico curandero, vendiendo específicos para todas las dolencias, hasta que pudo lograr entrar de médico de los dependientes de las caballerizas del Conde de Artois. Desde los primeros dias de la revolucion se hizo notar por algunos folletos sanguinarios: apoyado de Danton y de Robespierre emprendió la publicacion del *Amigo del Pueblo*, periódico en el que parecia haber tomado á pechos insultar diariamente al rey, á la reina, los magistrados, generales, empleados, hasta la asamblea misma. Denunciado muchas veces, y decretada su prision, se sustrajo á ella por el favor de los jacobinos, y desde los subterráneos del club de los *cordeliers* continuó con el mismo furor que

Todo se desea saber; pero si hay Dios ó no; si á esta vida transitoria ha de seguir otra eternamente durade-

antes. Fué uno de los principales provocadores del terrible 10 de Agosto; y el que concibió el proyecto de las matanzas de septiembre, donde murieron tantos mártires de la religion, y fieles servidores del rey. Miembro de la Convencion dió rienda suelta á sus furores: en el monstruoso juicio de Louís XVI se opuso á que se diesen abogados que defendiesen al rey mártir, y votó su muerte dentro de veinte y cuatro horas, sin próroga ni apelacion. Obra suya fué la comision de *Seguridad general*, para deshacerse de todas las personas que se creian sospechosas: presidió el club de los Jacobinos; y apenas hubo horror en que no tuviese parte activa. Sin embargo, despues de su muerte la Revolucion le decretó honores casi divinos: en todas las plazas de París se le erigieron arcos triunfales y mausoleos, y en la de Carrousel se levantó una pirámide, en cuyo interior se colocó su busto, su escribania, etc., y se puso una centinela. Hasta tal punto desnaturalizan á los hombres las revoluciones anti-religiosas. Cuando la Francia volvió algun tanto en sí, indignada quebró sus estatuas, arrancó del panteon sus restos impuros, y los arrastró por el lodo. Una jóven, Carlota Corday, libró á la humanidad de este monstruo, quitándole la vida de una puñalada estando en el baño.

¡Qué contraste el de Marat y san Vicente á Paulo! Vicente á Paulo mezclándose voluntariamente entre los forzados á galeras por liberar á un infelz que dejaba sus hijos y mujer en la miseria; y Marat pidiendo la prision de cien mil parientes de los emigrados para hacer á unos y á otros infelices. Vicente á Paulo juntando los huerfanitos en un templo, para excitar la caridad de las personas virtuosas, erigiendo las casas de expósitos, y las hijas de la caridad para que cuidasen de estas desgraciadas criaturas; y Marat clamando que se levantasen ochocientas horecas en las Tullerías para ahorcar á los hombres de bien. Vicente á Paulo sumiéndose en los mas hediondos cahabozos para llevar á los desventurados los consuelos de la religion y de la humanidad; y Marat proponiendo como el medio mas fácil y expedito de desocupar las cárceles el quemar á todos los presos en ellas. Vicente á Paulo volando en las alas de su caridad á llevar por sí y por sus discípulos los socorros, el pan y la abundancia á provincias enteras desoladas por el hambre y por la guerra; y Marat pidiendo de una vez doscientas setenta mil cabezas para salvar la patria. Vicente á Paulo excitando los sentimientos y dulzuras de la religion en el corazon del moribundo rey Luis XIII; y Marat rugiendo como un tigre sediento de sangre contra todos los que sentian algun remordimiento en el atroz y público asesinato de Luis XVI.... Marat... hé ahí el héroe de la revolucion filosófica. Vi-

ra; si se ha de dar rienda suelta á las pasiones, ó deben arreglarse por una ley fija y divina, se ignora con placer: no parece, sino que los hombres han llegado á descubrir que todo les interesa menos su suerte eterna. No hay tiempo, dicen, de pensar en esto: ¡ah, no hay tiempo! ¡y lo hay tan de sobra para satisfacer el mas frívolo capricho! Se tiene tiempo para los negocios, para los placeres y diversiones, y no se podrá examinar si hay cielo ó infierno: hay tiempo para instruirse en todas las futilidades de este mundo, donde viven hoy y ya no serán mañana, y no lo tienen para asegurarse si hay otro donde felices ó desventurados han de habitar eternamente; tienen tiempo para regalar un cuerpo que en breve ha de perecer y reducirse á polvo, y no lo tienen para informarse, si encierra un alma inmortal: tienen tiempo para ir aunque sea léjos á convencerse por sus ojos de la existencia de un animal raro, de una planta curiosa, y no lo tienen para convencer su razon de la existencia de Dios. ¡Ceguedad increíble! ¡Cómo! exclamaremos con Bossuet: «¡El encanto de los sentidos es tan fuerte, que fuera de ellos nada podemos preveer!»

En efecto, esta falta absoluta de prevision, esta estúpida seguridad con que se precipitan en un porvenir desconocido, el cual no tiene término ni fin, ¿no es evidentemente una señal de un espíritu desconcertado? El mundo entero atestigua la existencia de una ley que no se puede violar impunemente; y sin escuchar este imponente testimonio, y sin desmentirlo tampoco, fiados en un miserable *puede ser*, arrostran y aceptan todas las fatales consecuencias de una oposicion formal á esta ley, y por desidia y negligencia se forman y atraen sobre sí la doble fatalidad del pecado, y la desgracia.

Se ha visto á algunos miserables ajusticiados reir, danzar sobre el cadalso, pero la muerte que arrostraban era inevitable, y nada les podia exentar de ella: en la irresistible é indispensable necesidad de morir, se hacian fuertes contra su misma naturaleza, y hallaban

cente á Paulo, uno de los hijos que da la religion: ¿qué mas se necesita para detestar la primera, y consagrarse enteramente á la práctica y observancia de la segunda?

una especie de consuelo en hacerse admirar del pueblo espectador, por las muestras de una alegría mas espantosa que las angustias del temor, y las agonías de la desesperacion: pero que un hombre, en la duda de si dentro de pocas horas caerá ó no su cabeza bajo la cuchilla del verdugo, y seguro de salvarse con solo querer convencerse de la realidad de aquel peligro inminente, permanezca tranquilo en esta duda espantosa, y prefiera á la vida algunos momentos de placer, y aun de tedio, que van á terminar un suplicio payoroso é infame, es lo que nunca se ha visto, ni se verá jamás. Por mas desprecio que se afecte de una vida fugitiva y llena de dolores, el hombre no se desprende tan fácilmente de ella; no hay apatía, no hay insensibilidad tan profunda de la que no despierte el anuncio, la idea sola de una muerte próxima. ¿Qué digo? todo lo que nos toca de cerca, sea en la salud, en los bienes, diversiones, hábitos, opiniones, costumbres, todo nos conmueve, sobresalta, inquieta, nos enajena é inspira una actividad infatigable; ¿y nada hemos de mirar con indiferencia sino el cielo, el infierno, la eternidad?

Entiendan, al menos los que viven tranquilos en esta indiferencia monstruosa, ó que se glorian de ella, lo que pensaba acerca de su conducta uno de aquellos hombres, que por la superioridad de sus talentos parecen nacidos para ensanchar los límites de la razon humana.

«Es la inmortalidad del alma para nosotros de tanta importancia, y tan intimamente nos toca é interesa, que es necesario haber perdido todo sentimiento para vivir en una fria indiferencia sin cuidar de saber lo que sobre esto hay. Todas nuestras acciones, y aun todos nuestros pensamientos deben tomar rumbos tan diversos, segun que haya ó no otra vida, bienes ó males eternos que esperar ó temer, que no es posible dar un paso con juicio y con acierto si no se arregla antes, puesta la mira en este punto, de cual es nuestro último fin.

» Así que nuestro mayor interés, y nuestra primera obligacion es instruirnos en el particular, como que de él depende toda nuestra conducta ulterior. Por lo mismo no debemos confundir, y yo encuentro una gran

» diferencia entre los mismos que no están persuadidos
 » de esta verdad; entre los que procuran por todos me-
 » dios instruirse en ella, y los que viven tranquilos sin
 » pensar jamás en este asunto.

» Compadezco ciertamente á los que hallándose por
 » desgracia en esta duda, gimen sinceramente al con-
 » templarse en este miserable estado, y no perdonan
 » medio para salir de él, y mirándolo como el mayor de
 » todos los males, emplean en esta averiguacion todos
 » sus cuidados. Mas los que pasan sus días sin querer ni
 » aun pensar en este último término de la vida; que solo
 » porque no encuentran en sí bastantes luces que les
 » persuadan su verdad, reposan tranquilos sin buscarlas
 » en otra parte; ni cuidan de examinar á fondo si esta
 » es una opinion que el pueblo adopta ciegamente, ó si,
 » aunque oscura en sí, se apoya en fundamentos soli-
 » dísimos, estos no merecen nuestra compasion. Esta
 » *apatia*, descuido é indolencia en un negocio en que se
 » trata de su bien ó de su mal, y bien y mal eternos, de
 » ser ó no ser eternamente, me irrita en vez de entene-
 » cerme: me espanta, y me confunde: es una monstrosi-
 » dad para mí. No me hace decir esto el zelo piadoso
 » de una devocion espiritual; el amor bien entendido de
 » sí mismos, el interés humano, y la simple luz de la
 » razon, bastan para excitarnos estos sentimientos; no es
 » necesario para esto ver ni entender mas que lo que
 » entienden y ven las personas menos ilustradas.

» No es necesario, no, un genio sublime, ni un alma
 » superior á los demás, para entender que no hay en
 » este mundo satisfaccion que sea sólida y verdadera;
 » que todo en él es vanidad; que nuestros gustos y pla-
 » cerez se disipan como el humo; que son infinitos nues-
 » tros males; y que, en fin, la muerte, que nos amenaza
 » á cada instante, dentro de pocos años, y acaso de pocos
 » días, nos pondrá en un estado eterno de dicha ó de in-
 » felicidad, ó en el caos de la nada. Entre nosotros y el
 » cielo, el infierno ó la nada, no hay mas que la vida, y
 » sabemos ya cuan frágil es; y no siendo ciertamente el
 » cielo para los que dudan si su alma es inmortal, ellos
 » no tienen que esperar mas que la nada ó el infierno.

» Ni hay cosa mas cierta ni mas terrible que esta.

» Por mas valor que aparentemos, este es el fin que es-
 » pera á la vida mas buena del mundo. En vano apartan
 » su pensamiento de esta eternidad que les espera, como
 » si con no pensar en ella la pudiesen aniquilar. La eter-
 » nidad subsiste á pesar suyo; se va acercando sin sen-
 » tirla, y la muerte que la abrirá sus puertas, dentro de
 » poco los pondrá infaliblemente en la horrible necesi-
 » dad de ser, ó eternamente aniquilados, ó desventura-
 » dos para siempre, por todo una eternidad.

» Hé ahí una duda de tan espantosa consecuencia,
 » que solo hallarse en ella es un grandísimo mal; y por
 » lo mismo el que se encuentre en este estado, cuando
 » menos tiene obligacion indispensable de tratar de salir
 » de ella. Así el que duda y no examina es á un tiempo
 » injusto y desdichado; y si en medio de esto vive tran-
 » quilo y satisfecho, y hace profesion de gloriarse vana-
 » mente de su estado, y en fin, si se ríe y goza en él, no
 » sé en qué términos poderlo definir, ni cómo calificar
 » semejante criatura.»

» ¿Dónde, en verdad, puede haber bebido tales senti-
 » mientos? ¿qué motivo de gozo se encuentra en no espe-
 » rar sino miserias sin remedio? ¿qué objeto de vanidad
 » verse rodeado de sombras y tinieblas impenetrables?
 » ¿qué consuelo no esperar jamás consuelo?

» Esta quietud, este reposo en tal ignorancia es una
 » monstruosidad, cuya extravagancia y estupidez es ne-
 » cesario hacer sentir á los que viven así, representan-
 » doles vivamente lo que pasa en su interior, para que se
 » avergüencen siquiera, y se confundan con la vista de su
 » locura. Porqué hé aquí como es preciso discurrir es-
 » tos hombres cuando eligen el vivir en esa ignorancia
 » de lo que son, y sin cuidar de averiguarlo.

» Yo no sé quien me ha puesto en este mundo, ni que
 » es el mundo, ni que soy tampoco yo: nada absolu-
 » tamente sé, y estoy en una ignorancia terrible de to-
 » das las cosas: no sé que es mi cuerpo, ni mis senti-
 » dos, ni mi alma: y aun esta parte de mi mismo que
 » piensa lo que digo, y que hace reflexion de todo,
 » y sobre todo, y aun sobre sí misma, no me es mas
 » conocida que todo lo demás. Veo esos asombrosos es-
 » pacios del universo que me rodean, y me hallo como

» enclavado en un rincón de esta vasta extensión, sin saber por qué estoy aquí, y no en otro lugar, ni por qué el poco tiempo que me han dado de vida, me lo han señalado en este punto, y no en otro de la eternidad que me ha precedido, ó que me ha de seguir. No veo por todas partes mas que infinitudes que me absorben como á un átomo, y como una sombra que dura solo un momento, y pasa sin volver mas. No conozco otra cosa sino que muy pronto he de morir; y sin embargo lo que mas ignoro es esta misma muerte, que no puedo evitar.

» Así como no sé de donde vengo, tampoco adonde iré; solo sé que al salir de este mundo caigo para siempre ó en la nada, ó en las manos de un Dios vengador, sin saber cual de estas dos suertes será la mia por toda una eternidad.

» Este es mi estado, lleno de miseria, flaqueza y oscuridad: de donde infiero que debo pasar todos los días de la vida sin pensar en lo que me ha de sobrevenir, y dar rienda suelta á mis pasiones sin reflexión y sin inquietud; haciendo cuanto pueda de mi parte para caer en la desgracia eterna, caso que lo que se dice sea verdad. Tal vez podría, preguntando ó inquiriendo, hallar alguna luz que aclarase estas mis dudas; pero yo no me quiero incomodar, ni dar un paso para averiguarla; antes bien burlandome y mirando con desprecio á los que procuran con afán el inquirirlo, quiero aventurar este suceso, y sin temor ni prevision, dejarme llevar hasta la muerte, incierto de lo que despues será eternamente de mi. Así hablan practicamente estos desgraciados. ¡Qué gloria es para la Religion tener por enemigos hombres tan irracionales! Su oposicion le es tan poco peligrosa, que al contrario sirve para establecer las verdades principales que ella nos enseña. Porque en efecto, la fe cristiana se apoya principalmente en estas dos verdades, la corrupcion de la naturaleza, y la redencion de Jesucristo: y ya que los incrédulos no sirven para mostrar la verdad de la redencion por la santidad de sus costumbres, al menos la sirven admirablemente para manifestar la corrupcion de la naturaleza con unos sentimientos tan fuera de razon.

» Nada hay de tanta importancia al hombre como su ser; ni nada debe serle tan temible como la eternidad: y así es fuera del órden natural que haya hombres diferentes á la pérdida de su ser, y al peligro de su eterna perdicion. ¡Cuán otros no se muestran en todo lo demás! Las cosas mas pequeñas los agitan, sienten su pérdida y la procuran precaver; y el mismo hombre que pasa los días y las noches abandonado á la rabia y á la desesperacion por no haber logrado, ó perdido algun destino, ó sufrido una ofensa imaginaria contra su honor, sabe que va á perderlo todo dentro de pocos días en la muerte, y vive sosegado, tranquilo, y sin la menor conmocion. Esta extraña insensibilidad sobre las cosas mas terribles en un corazón, al que tan vivamente afectan las mas pequeñas y ligeras, es una monstruosidad, es un encanto incompresible, un sopor, un letargo superior á la misma naturaleza.

» Un hombre encerrado en un calabozo, ignorando si se ha dado sentencia contra él, teniendo una sola hora para saberlo, y esta suficiente si lo averigua, para hacerla revocar, es contra la naturaleza misma la emplee, no en informarse si se ha dado, no en procurar su revocacion, sino en juegos y diversiones. Pues este es el estado de las personas de que hablamos, sin mas diferencia de que los males de que se ven amenazados, son mucho mas terribles que la simple pérdida de la vida, ó un suplicio momentáneo, única cosa que el preso podría temer. Y sin embargo, jellos corren sin recelo al precipicio, cubriéndose antes los ojos para no verlo, y se mofan de los que les advierten su peligro!

» Así es como prueba la verdadera Religion no solo el zelo de los que buscan á Dios, si no tambien la ceguedad de los que no le buscan, y viven en esta horrible negligencia. Es necesario que haya habido un extraordinario trastorno en la naturaleza del hombre para vivir en este estado, y aun mucho mas para hacer alarde de él. Porque, aun cuando tuviesen una certeza total de que nada debian temer despues de la muerte sino el caer en la nada, ¿no seria esto mas bien un motivo de desesperacion que de vanidad? ¿no es pues una locura

» inconcebible, sin hallarse asegurados, gloriarse de vir en esta duda?

» Sin embargo, es innegable que el hombre ha llegado á tal estado de depravacion, que en esto mismo halla en su corazon una como semilla de gozo y de contento. Este sosiego brutal entre el temor del infierno y de la nada le parece tan agradable y lisonjero, que no solo los que tienen esta infeliz duda se glorian de él, sino aun los mismos que no la tienen hacen vanidad de ella, y creen que es cosa honrosa aparentar que realmente dudan. Y la experiencia, en efecto, nos hace ver que la mayor parte de los que blasonan de ella, son de esta última clase; gentes que disimulan sus sentimientos, y no son lo que quieren parecer. Han oido que este es el *gran tono*; que el gusto del siglo es hacer de *espíritus fuertes*, y... y á esto llaman haber sacudido el yugo de las preocupaciones, cuando la mayor parte no lo hace sino por imitar á otros.

» Mas si aun conservan algunas reliquias de sentido comun, es bien fácil hacerles ver cuan engañados viven buscando por este camino el aprecio y la estimacion.... Si lo meditasen seriamente, verian.... que no hay medio mas eficaz para granjearse el menosprecio y aversion de las gentes, y hacerles pasar por personas sin juicio y sin talento. Y efectivamente, si se les pide razon de sus sentimientos, y de los motivos en que se fundan para dudar de la Religion, dirán tales extravagancias, cosas tan fútiles y triviales, que mas bien persuadirán todo lo contrario. Esto es puntualmente lo que con mucha oportunidad decia cierta persona á uno de ellos: « Si continuais discurrendo de este modo, sin duda lograréis convertirme. » Y tenia razon; porque, ¿quién no se horrorizará de convenir en sentimientos con personas tan despreciables?

» En verdad que los que fingen esos sentimientos que no tienen, son bien desdichados, violentando su natural, para que los tengan por extravagantes y ridículos. Si allá en lo interior de su corazon sienten el no tener mas luces y conocimientos, no lo disimulen: esta declaracion no debe serles ruborosa. El hombre no se debe

» avergonzar sino de haber perdido la vergüenza. Nada manifiesta mas la pequeñez de espíritu y la cortedad de talentos, que el no conocer cuanta es la desgracia de un hombre que no cree en Dios.... Dejen pues esas impiedades para los que son tan mal nacidos, que puedan ser capaces de ellas; y ya que no tengan valor de ser cristianos, sean á lo menos hombres de bien; y reconozcan en fin que solo hay dos clases de personas que con verdad se pueden llamar racionales; á saber, ó los que sirven á Dios con todo su corazon porque le conocen, ó los que de todo corazon le buscan para conocerle¹. »

La mayor parte de los indiferentes únicamente lo son porque se figuran acreditar superioridad de talentos, despreciando el modo comun de sentir de los demás. Se avergonzarian de tener cosa alguna comun con el pueblo, aun la esperanza, y esto es lo que les aparta de examinar los fundamentos de su fe. ¡Pero qué vanidad tan miserable y tan ridícula la que se alimenta de la ignorancia! Los enemigos de la Religion y sus apologistas están de acuerdo en su importancia, y no hay un solo incrédulo dogmático que se la atreva á contestar. Ahora bien: ¿el insensato que no da á todas las reflexiones mas contestacion que un necio, ¿eso qué importa? ¿en qué será superior al cristiano, cuya fe, determinada por pruebas positivas, se apoya en un conjunto de hechos y consideraciones que, cuando no otra cosa, exigen al menos aplicacion, investigacion y reflexion?

De cualquiera manera, el indiferentista, igualmente incapaz de negar y afirmar cosa alguna, se adormece friamente entre estas dudas: *es posible que la Religion sea falsa; posible es tambien que sea verdadera*; y despues de haber abortado estas dos proposiciones contrarias, su orgullosa razon en vez de deducir las consecuencias, se para y reposa dulcemente en la contemplacion de su sublimidad y fortaleza.

¹ *Pensées de Pascal*. ¡Qué lástima que el autor de tan hermosos pensamientos se dejase extraviar por un partido enemigo obstinado de la Iglesia, y sirviese con sus talentos á los heremitas de Port-Royal, al fermentado Jansenismo!

Sin entrar en discusion, se podria ante todas cosas observar que estas dos proposiciones generales no tienen, ni con mucho, un mismo grado de verosimilitud. Porque no hay una persona que deje de conocer que si la Religion cristiana fuese falsa, su existencia prolongada por el espacio de diez y ocho siglos, la victoria que ha alcanzado contra las opiniones y costumbres, leyes, pasiones y hábitos de tantos pueblos diferentes y rivales; el dominio que ha ejercido siempre sobre los genios mas elevados y sublimes, y sobre las personas de mas profunda reflexion; seria el fenómeno moral mas extraordinario, y el mas inexplicable de todos cuantos se ha oido hablar en el mundo. Error maravilloso en efecto, el que es no menos seductor para el hombre serio y reflexivo, que para las almas sensibles é imagines brillantes y ardorosas; que se enseorea del hombre, de los hombres todos, combatiendo y contradiciendo sin cesar sus inclinaciones; que favorece, fomenta y hace progresar los adelantamientos de la verdad en todos los ramos de los conocimientos humanos; error de donde nacen innumerables virtudes, hasta entonces desconocidas; error, en fin, que sucediendo á las tan ponderadas y no menos estériles especulaciones de la filosofía gentílica, y propagándose súbitamente por todo el mundo conocido, en el siglo mas ilustrado, rectifica todas las ideas recibidas, depura todos los principios, perfecciona los métodos del raciocinio, crea, por no decir mas, las ciencias físicas y metafísicas, hace olvidar todas las preocupaciones enemigas de la humanidad, santifica las costumbres, suaviza las leyes, une los pueblos entre sí con vínculos sagrados, substituye el amor al odio, protege á un tiempo al desvalido y al poderoso, al rico y al pobre, al fuerte y al débil, al señor y al vasallo, templá la dominacion, consolida la obediencia, y por un efecto propio y necesario produce la perfeccion del órden social.

Sin embargo, permitamos por un instante que se tenga por igualmente dudosa la falsedad y la verdad de la Religion cristiana. Para demostrar hasta la evidencia la locura del indiferentista, no hay necesidad mas que de sus propias máximas, y desenvolver esa misma proposicion en que confía: á saber, *posible es que la Religion*

sea verdadera; pues en ella se incluyen todas las siguientes, y acaso muchas mas.

Si es posible que la Religion sea verdadera, posible es, debe decir, la existencia de un Dios remunerador, que premie á los buenos y castigue á los malos.

Posible es que mi alma sea inmortal, y no perezca con el cuerpo.

Posible es que este supremo ser, este Dios, haya revelado á los hombres verdades que ellos no pueden aqui perfectamente comprender, y les haya impuesto obligaciones, de que no entiendan dar claramente la razon.

Posible es que yo esté obligado rigorosamente á creer estas verdades, y á cumplir y llenar estas obligaciones.

Posible es que si creo y obro así, goce un dia de una felicidad eterna é infinita en premio de mi obediencia y de mi fe.

Posible es, en fin, que si me niego á obrar y creer así, sea un dia eternamente castigado con penas y suplicios espantosos.

En vista de esto no temo afirmar, que el permanecer en esta duda formidable, saborearse en ella con placer, repeler de sí la esperanza de una felicidad sin fin; y si la Religion es verdadera, como se confiesa que lo puede ser, entregarse alegremente, y con toda reflexion, á padecer unos tormentos, cuya idea sola hace estremecer, es un delirio inexplicable, una demencia, un furor que no sé como llamar. Porque aun suponiendo que nuestros presentes intereses se hallen en contradiccion con los futuros que han de sobrevenir, en la necesidad de sacrificar unos ú otros, no se deberia, prudentemente obrando, vacilar en la eleccion. Pues de una parte hay una duracion que no ha de tener fin, es la eternidad, y de la otra un momento transitorio, que apenas se puede percibir, una sombra, menos aun, el *sueño de una sombra*, segun el dicho de un antiguo¹. Aun cuando pues esta vida transitoria no fuese para el hombre religioso sino un continuo padecer, y para el indiferentista un placer sin interrupcion, aquel tormento y pena transitoria, y este placer que se nos huye sin sentir, no balancearian un

1. Pindaro.